

Biblioteca pública: bitácora de vida

Consuelo Marín Pérez



Biblioteca pública: bitácora de vida



Consuelo Marín Pérez

Biblioteca pública: bitácora de vida

Departamento de Cultura y Bibliotecas ♦ Fomento de la Lectura ♦
Comfenalco Antioquia

027.4 Marín Pérez, Consuelo
M337 La biblioteca pública: Bitácora de vida. Consuelo Marín Pérez Colombia. Comfenalco Antioquia., 2005, 40 p. (Colección Biblioteca Pública Vital, 5)
ISBN: 958-97284-8-0

I. BIBLIOTECA PÚBLICA-EXTENSIÓN BIBLIOTECARIA
II. BIBLIOTECA PÚBLICA- PROMOCIÓN DE LA LECTURA
III. BIBLIOTECAS PÚBLICAS

Comfenalco Antioquia
Departamento de Cultura y Bibliotecas
Colección Biblioteca Pública Vital, 5

© Consuelo Marín Pérez
© Comfenalco Antioquia
Primera edición: Medellín, septiembre/2005
Tiraje: 1.000 ejemplares
ISBN 958-97284-8-0

Material elaborado para la formación de educadores y bibliotecarios. Está permitida la reproducción total o parcial, siempre y cuando se cite la fuente.

Editor académico
Luis Bernardo Yepes Osorio

Diseño de cubierta
Carolina Bernal Camargo

Edición y diagramación
Edilda Muñoz C.

Fondo Editorial Comfenalco Antioquia

Carrera 50 N° 53-43 • Teléfono: 511 21 33 Ext. 137 • Medellín-Colombia
comfenal@supernet.com.co

Impresión

todograficas@epm.net.co

Impreso y hecho en Colombia / Printed and made in Colombia

Contenido

Biblioteca pública: bitácora de vida	9
Se forma el barrio: tenacidad de sal	11
La vida no se detiene a pesar de la tormenta	13
La biblioteca, un logro, un refugio	23
Como la naturaleza ante la tormenta: recogerse y esperar	26
Los programas que se suspendieron	30
Los programas que continuaron, con cambios de horario o de lugar	34
Albergue de miedos y soledades	38
Crónica de octubre	42

Biblioteca pública: bitácora de vida

Cuando se habla de la comuna 13 de Medellín, es difícil que las personas de otros sectores de la ciudad, o de otras ciudades y países, puedan pensar en algo más que las imágenes con que la televisión apoyó su "última hora" del 21 de mayo y del 15 de octubre de 2002. Imágenes de guerra desde los pocos sitios a los que, por entonces, los periodistas podían llegar detrás de la fuerza pública: la unidad de salud y, en el fondo, la urbanización San Michel; las partidas de la carretera al mar que llevan a La Loma y al Veinte de Julio; o la panorámica desde Santa Mónica, que muestra un barrio de caserío de ladera como cualquier otro de los barrios pobres del mundo: una superposición de ladrillos y techos con escasos árboles aireándoles, pequeños tramos de las eternas y laberínticas escaleras con que el trabajo comunitario superó los caminos fangosos.

Las imágenes generales del barrio, o algunas de poco detalle en las que siempre hay un hombre armado, sobre todo de la fuerza pública, fueron importantes para contextualizar la noticia y... ¿luego de ella? Luego, un recuerdo borroso y mucha prevención sobre "esa zona de Medellín tan peligrosa", como nos dicen algunos amigos, cuando les extraña que hayamos trabajado y sigamos trabajando allí.

Los que habitan el barrio, los que trabajamos en él, los que lo sentimos propio, sabemos que hay más que esas imágenes; eventos muy diferentes de los que siempre llamaron la atención a los medios de comunicación y que nos pusieron un inevitable estigma, verdades a medias y demostraciones de fuerza de unos pocos, legales o ilegales, lanzadas por el mundo y que nos afectaron, pero no nos inmovilizaron.

Medellín se tiende dentro de la hondonada que forma la comuna 13 rodeando la ciudad en la parte centro occidental. Si se mira desde alguno de los barrios altos se asemeja al arco que hacen los dedos índice y pulgar en el borde interno de la mano, incluidos sus declives.

Sobre ese territorio se asientan 22 barrios con una población aproximada de 115 mil habitantes. De ellos, 8 barrios: El Salado, Nuevos Conquistadores, Veinte de Julio, Independencia 1, 2, y 3, Eduardo Santos y Antonio Nariño, con aproximadamente 35.000 habitantes, conforman la zona de influencia de la Biblioteca Comfenalco Centro Occidental.

El sur occidente de la comuna lo forman los barrios que comunican más directamente con la parte rural, los barrios

con menos vías vehiculares y, por tanto, con menos posibilidad de acceso de la fuerza pública. A estos barrios se puede llegar en carro, recorriéndolos por el centro o por la periferia. Para pasar en carro de un barrio a otro es necesario salir, pues no hay interconexiones entre ellos. Se puede hacer el trayecto a pie, aventurándose por el laberinto de escalas sólo para peatones, y recomendable únicamente para quienes conozcan el camino. Esto ayuda a entender por qué quedamos inmersos en buena parte de los enfrentamientos armados.

La biblioteca está a la entrada de los barrios El Salado y Nuevos Conquistadores, en la parte plana, sobre la única vía interna de acceso, rodeada por los barrios más altos, desde donde se divisa buena parte de la zona, así como la entrada y salida de personas y vehículos. Ello nos da la idea de la importancia estratégica del sector para los grupos armados ilegales que lo dominaron por años y de la vulnerable situación de la biblioteca, que al estar situada en la parte baja, es algo así como la puerta de la casa desde donde estos grupos intentaban detener el avance de la oposición y desde donde ejercían un mayor control sobre las personas que ingresaban, tanto de día como de noche, en los meses en los que se recrudeció el conflicto armado. Hasta allí permitían el acceso a los vehículos a partir de las siete de la noche.

Se forma el barrio: tenacidad de sal

De sitio de libertos a barrio de tradición alfarera se formó El Salado, antiguo paraje escondido entre las cuencas de aguas saladas de las quebradas La Hueso y El Sala-

do, de cuyas características benéficas tomó su nombre. Sus primeros pobladores fueron esclavos que durante el siglo XVIII, bien fugitivos o libertos, encontraron en la espesura de la vegetación y en la salubridad de sus aguas un refugio contra la presencia del hombre blanco.

Debido a la vertiginosa colonización del Valle de Aburrá durante las primeras décadas del siglo XIX y a la cercanía de un nuevo camino entre Santa Fe de Antioquia y Medellín que cruzaba la fracción de La América y los sitios de San Javier, La Loma y San Cristóbal, la riqueza de estos terrenos de tenencia ancestral, pero baldíos e incultos para los propietarios de los hatos ganaderos, comenzó a ser expropiada para fines productivos. Las pocas familias de mulatos y blancos pobres que poseían rozas de maíz, plátano o cultivos de pan coger, terminaron como terrajeros o dependientes de las nacientes haciendas, que con los nombres de El Paraíso, o El Salado de Correa se repartieron los terrenos del actual sector del Veinte de Julio, Las Independencias, Nuevos Conquistadores y El Salado.

El poblamiento de los barrios posteriores al asentamiento veredal de El Salado se materializó gradualmente entre las décadas de los años 20 y 70 del siglo XX, bajo varios intereses que incluyeron el desarrollo de proyectos urbanísticos oficiales y privados, hasta formas de apropiación espontánea de terrenos, empujada por la migración urbana y rural.

Entre los primeros barrios constituidos, Veinte de julio y El Salado, gestionaron los recursos para la instalación de energía y acueducto. Hacia finales de los años 50, con la creación de las Juntas de Acción Comunal, lograron conseguir los recursos para la canalización de las quebradas y la construcción del alcantarillado. A finales de la década del 70, el desarrollo urbano de Medellín y la presión de los emigrantes expulsados por la violen-

cia, concretaron en la zona un proceso de urbanización masiva que ocupó las laderas de El Salado y consolidó los nuevos barrios de las Independencias 1, 2 y 3, y Nuevos Conquistadores, parte alta y parte baja.¹

Más allá de la sombra de persecución y asedio que no les han dejado reposar con la memoria de los antepasados, los habitantes de este sector de la comuna 13 materializaron la paradoja de un grupo humano que ha tenido que pedirlo todo, exigirlo, las más de las veces, y para ello tuvieron que unir esfuerzos y hacer lazos de trabajo comunitario que les han favorecido en el devenir de la guerra.

Sin embargo, las dificultades de fondo como las carencias económicas, siguen siendo preocupantes, "el 80 por ciento de los habitantes de El Salado, Nuevos Conquistadores, Independencias 1, 2, y 3, se desempeña en la economía informal, el desempleo llega al 60 por ciento, y la mayoría de las familias tiene que vivir con menos de un salario mínimo al mes"²

La vida no se detiene a pesar de la tormenta

Quizás la vida se hace creativa, quizás recursiva; en todo caso la vida se adapta. Eso lo ha demostrado el ser humano con su admirable capacidad de ajustarse a las situaciones más desfavorables, sin desconocer que ello le ha implicado duelos,

¹ Exposición: "Huellas de barro. Alfareros de la comuna 13", Biblioteca Comfenalco Centro Occidental, Medellín, septiembre de 2003.

² "La 13 negocia su futuro", en: El Tiempo, Bogotá, septiembre de 2002, p. 1/16.

pérdidas, grandes esfuerzos para, finalmente, sobrevivir y sostenerse.

Una hermosa recreación de ello la hace Ray Bradbury en su cuento Hielo y fuego,³ en el que un grupo de humanos se adapta a la vida en otro planeta, donde quedaron atrapados después de sufrir un accidente en el que se averió la nave en que viajaban. El planeta tenía climas extremos, intensos fríos donde todo se congelaba y fuertes calores donde todo se fundía, incluso las piedras. Y sin embargo, esos seres humanos hallaron la manera de sobrevivir.

Lo cito aquí porque en muchas ocasiones, en medio de la zozobra de la comuna 13, se veía la vida como fluyendo de esos intersticios en los extremos efectos climáticos de la obra de Bradbury. Así también, la vida en el barrio El Salado; la que en medio de los enfrentamientos parecía suspenderse (no había transporte, pocos transeúntes en la calle y el tiempo, día o noche, acogiendo el eco de las agresiones) y que, cuando se dejaba de escuchar el traqueteo de las armas, volvía a la cotidianidad en un vértigo de movimientos que traía el tiempo necesario para ir a la tienda, entrar y salir del barrio, traer o llevar los hijos a la escuela, bajar a la biblioteca o salir de ella, hacer lo que se pudiera de las tareas pendientes, para volver luego a encerrarse en las casas; tiempo de aprovechamientos.

Las guerras internas se suceden poco a poco, a diferencia de las guerras de ocupación que se desatan con toda su cruel-

3 Ray Bradbury, Hielo y fuego, Barcelona, Lumen, 1986.

dad en unos cuantos meses, como lo hemos visto recientemente; las guerras internas se van mezclando con la vida diaria de tal manera que parece que quienes las padecen conviven con ellas. Sin embargo, más que eso es que la vida tiene que seguir, que los habitantes de las zonas en conflicto armado tratan de no perderlo todo y por ello reacomodan, hasta donde pueden, sus rutinas a las situaciones de guerra.

Entre esas situaciones señalaré algunas para que, en un ejercicio de la ética propuesta por Emmanuel Kant, el de "ponernos en el lugar del otro", podamos entonces "imaginarnos en el lugar de los habitantes de la comuna 13". Un ejercicio que nos posibilitará ir mas allá de las imágenes divulgadas por los medios de comunicación para descubrir sentimientos más solidarios que los posibles sentimientos de compasión que ellas generan.

Todas estas situaciones se vivieron durante varios años, pero algunas sólo se conocieron por fuera del sector a partir del año 2000, cuando los grupos paramilitares empezaron a disputarles este territorio a los grupos subversivos, y los medios de comunicación llegaron a cubrir las noticias de guerra:

- Saqueo y ocupación de viviendas, que al quedar abandonadas y sin poderlas arrendar, los grupos subversivos o paramilitares destruían para evitar que fueran tomadas como refugio por el bando opuesto.
- Desplazamiento de familias completas, cuando se arriesgaban a dejarlo todo, en muchas ocasiones custodiados por la fuerza pública o por la Defensoría del Pueblo.

Estas familias se debatían entre dos fuerzas: la de los grupos subversivos que no les permitían salir de la zona y la de los grupos paramilitares que los obligaban a salir de los territorios ocupados. Otras familias prefirieron dejar a uno de sus integrantes cuidando los hogares y enviaban fuera del barrio, preferiblemente, a los hombres jóvenes y adultos ya que sobre éstos había exhortaciones para vincularse a los grupos armados, amenazas de reclutamiento o presiones para abandonar la zona en caso de negarse. Las salidas las hacían de uno en uno, llevando unas pocas pertenencias para no despertar sospechas. Los trabajadores y estudiantes nocturnos debieron buscar donde dormir durante el recrudecimiento del conflicto armado por el peligro que representaba llegar al barrio a altas horas de la noche. También algunas familias, novias y amigos de soldados y guardas bachilleres tuvieron que dejar el barrio porque los grupos subversivos los asediaban con amenazas y preguntas sobre sus seres queridos, pues los habían declarado "objetivos militares"; y cuando los soldados llegaban de licencia tenían que buscar albergue con familiares que vivieran en otros sectores de la ciudad. Por el bien de unos y otros, y sin importar el lugar donde se dieran, estas visitas se convirtieron en un secreto familiar.

Pocos casos se reportaron a las autoridades por lo que sólo se tiene el dato de 180 desplazamientos intraurbanos de enero a agosto del 2002. Al respecto cabe decir que las familias desplazadas por la incursión paramilitar en julio de 2002 tuvieron que interponer acción de tutela

para que se les reconociera su condición de desplazados por el conflicto armado y poder recibir las ayudas estipuladas en la ley 387 de 1997.

- En cuanto a la educación, hubo una deserción del 30 por ciento durante el año 2002. Las rutinas escolares se hicieron irregulares, teniendo que recurrir a jornadas de emergencia en las que se trataba de enviar a los estudiantes a tempranas horas para sus hogares. Para compensar el incumplimiento en los planes académicos, los docentes diseñaron actividades en módulos que los estudiantes podían trabajar en las casas; en algunos centros educativos (hogares comunitarios, jardines infantiles) ponían los equipos de sonido a todo volumen con canciones infantiles para evitar que los pequeños oyeran las balaceras, esta actitud también la retomaron algunas madres en sus casas. Un centro infantil, ubicado en unos de los primeros barrios invadidos por los paramilitares, rodeó con costales llenos de arena la entrada al preescolar, como en los sitios militares, porque allí siempre impactaban las balas. Todas las instituciones educativas tuvieron que recurrir a una red de comunicación constituida por los padres de familia vecinos a los establecimientos, para que les informaran si era posible dictar las clases. En caso negativo, los docentes, que aprendieron a tener a la mano la lista de los alumnos, llamaban a los hogares para que los padres no llevaran a los niños, y cuando los enfrentamientos se daban durante la jornada de la mañana, avisaban para cancelar la jornada de la tarde.

Se incrementó el dinero invertido en transporte escolar ya que se hizo bastante peligroso seguir llevando a los hijos a pie a las escuelas; así que enviarlos en carro aunque las distancias fueran cortas, garantizaba al menos que la salida o llegada al barrio se hiciera en menos tiempo. Los docentes se esforzaron por ofrecer actividades lúdicas que distrajeran a los alumnos, porque en ocasiones tenían que permanecer en las escuelas y colegios durante los enfrentamientos que ocurrían a cualquier hora. Así muchas de sus actividades se realizaron bajo los pupitres o apiñados todos en las aulas más seguras.

- La enfermedad del insomnio llegó al barrio, pero a diferencia de Macondo, en la comuna 13 los habitantes tenían el cuerpo en condiciones para el reposo, y no obstante el miedo espantaba al sueño con el sonido de las balas, las explosiones, los gritos de personas atacadas y los insultos entre los combatientes. Sin dormir, a veces durante varias noches, debían ir al trabajo, al rebusque y al estudio. Por ello sucedieron casos como el de una señora empleada del servicio doméstico que se durmió cuando planchaba ropa y se quemó el brazo.
- La casa fue tomada, como en el cuento de Julio Cortázar, por los fantasmas, en este caso, de la muerte. Las habitaciones más próximas a la calle fueron abandonadas. Las casas eran inspeccionadas con frialdad por sus habitantes para determinar qué lugares en ellas podían ser refugio y cumplían con unas condiciones básicas de seguridad habidas de la intuición o del sentido de conservación.

En el sitio elegido, generalmente en la parte trasera, protegido por una terraza o por paredes de ladrillos, se organizaba un pequeño búnker con colchones, paredes reforzadas con muebles o cobijas. A veces la realidad se diluía en una ficción que reclamaba un asomo de esperanza, por ello algunas personas llegaron a creer que con toallas mojadas se retenía el certero romper de las balas. Se perdió toda intimidad, aunque en las condiciones de pobreza del barrio, esta situación ha sido constante.

- Las amenazas de los grupos paramilitares de ingresar al barrio se daban casi siempre en días festivos y fines de semana. Anunciaron así los sábados negros o el diciembre negro. Entonces, esas fechas donde debía haber baile fueron de calles fantasmales. Las amenazas caían sobre todo lo que fuera divertido o importante para la comunidad: envenenar el agua, quitar la luz (lo que producía especial temor, porque estar en medio de las balaceras, sin luz, es más terrorífico que cuando se puede ver luz en la calle al menos, decían algunos habitantes). En varios sectores de la parte alta los grupos ilegales tenían prohibido que la gente encendiera la televisión o la luz después de las siete de la noche. En diciembre del año 2001 los grupos subversivos prohibieron que la comunidad adornara las calles porque, argumentaban, era celebrarle al Estado; esto fue parte del diciembre negro.
- Los grupos subversivos hacían de conciliadores en los conflictos de vecindario. Aunque no los llamaran, al enterarse de algún problema buscaban a las personas y les

ofrecían los servicios o intervenían sin autorización. Esto se veía especialmente con los niños que cometían pequeños delitos o se peleaban, los obligaban a participar en brigadas de limpieza de quebradas y calles. Con medidas más fuertes proscribieron la delincuencia común y la drogadicción.

- Varios productos escasearon en el barrio porque a los tenderos les era difícil llevarlos desde los centros de acopio, por lo que aumentaban los costos, además, al tener ellos que asumir los gastos del transporte. Como los abastecedores debían pagar la vacuna para poder ingresar a surtir las tiendas, muchos de ellos prefirieron no volver. Incluso las amas de casa que vendían productos cosméticos perdieron los escasos ingresos que esto les generaba, porque la casa proveedora se negó a pagar la vacuna y los grupos subversivos prohibieron este comercio.
- Las costumbres en el uso del vestuario también se vieron afectadas, bien por amenazas, como sucedió con las chicas a las que los grupos paramilitares prohibieron el uso de pantalones descaderados y blusas ombligueras; o a los jóvenes seguidores de la música rock a quienes los grupos subversivos reconvenían, además del vestuario, por el cabello largo o el modo de llevarlo. Por esas normas de seguridad que da el sentido común, las personas evitaban usar chaquetas anchas, riñoneras o ropas oscuras, por temor a ser confundidos con los combatientes y convertirse en blanco de las balas, como en ocasiones sucedió.

- Los grupos juveniles y organizaciones comunitarias tuvieron que dejar buena parte de sus actividades, porque se negaron a favorecer con ellas los intereses de los grupos subversivos. Esa negativa implicó para varios líderes comunitarios la obligación de abandonar el barrio.
- Durante el recrudecimiento del conflicto armado los grupos subversivos no permitían que las personas sacaran los cadáveres hasta donde los pudiera recoger la policía o hasta la unidad de salud. Pasados hasta dos días obligaban a llevarlos a los pocos taxistas que se aventuraban a ingresar, e incluso a jóvenes o niños. Sumadas a esto las vacunas y los enfrentamientos, los taxistas se negaban a ir al sector.
- Toda la comunidad sufrió de una manera u otra, como una enfermedad contagiosa, la estigmatización que ocasionó el conflicto armado. Para la fuerza pública, en los retenes de las afueras del barrio o en las redadas, todos los que vivieran o transitaran por la comuna 13 eran subversivos, y así llegaron a expresarlo ante los medios de comunicación, lo que hizo que en la ciudad se extendiera esta opinión. Por esta razón, los habitantes del barrio tuvieron que mentir para postularse a cualquier clase de trabajo o para solicitar cupos en colegios y universidades. Algunos, incluso, pidieron en préstamo cuentas de servicios de otros barrios, pues sabían que exigir otro tipo de actitud era ir contra la corriente y de todas maneras salían perdiendo.

- Cuando se sucedían enfrentamientos muy fuertes, la gente tenía la esperanza de que los combatientes hubiesen quedado tan cansados que dejaran dormir en la noche después del combate; o que en el día, después de enfrentamientos nocturnos, les dejaran tiempo y espacios para recuperar un poco de la cotidianidad. Las expresiones al respecto eran: "anoche se dieron duro, por eso hoy hemos podido salir"; o, en la tarde, "siquiera se han dado duro hoy, a ver si dejan dormir esta noche".
- Los habitantes de todas las edades desarrollaron variadas enfermedades relacionadas con el sistema nervioso, que empeoraron durante el recrudecimiento del conflicto: presión arterial, alergias, pérdida del control de esfínteres, manchas en diferentes partes del cuerpo, dolor de cabeza, propensión al contagio de virus climáticos, depresión, estrés, bruxismo, insomnio asociado a miedos o intolerancia a la oscuridad, la soledad o los ruidos fuertes (sobre todo los menores de edad).
- La comuna 13 recibió el sobrenombre de "El Caguán", y al barrio Belencito se le llamó "Vietnamcito".
- La Unidad Intermedia de Salud pasó de prestar servicios básicos a ser hospital de guerra:⁴ en un año aumentó en 40% la recepción de pacientes por trauma violento.

Los hombres, mujeres, niños, niñas, ancianos, ancianas, jóvenes, pobres y de clase media, todos y cada uno de ellos exponiendo su vida y el máximo de su capacidad de aguante,

⁴ "La 13 negocia su futuro", en: El Tiempo, Bogotá, septiembre de 2002, p. 1-16.

la población inmersa en este conflicto, que padecía y sorteaba estas situaciones, han sido y son los usuarios de la Biblioteca Comfenalco Centro Occidental.

La biblioteca, un logro, un refugio

La Biblioteca Comfenalco Centro Occidental se inauguró el 21 de diciembre de 1995, creada dentro del plan para el fortalecimiento de bibliotecas públicas de la Consejería Presidencial y la Alcaldía de Medellín, al que convocaron a participar a algunas instituciones de la ciudad, entre ellas Las Cajas de Compensación Familiar. Este plan hizo parte de las propuestas de intervención en los barrios afectados por la violencia del narcotráfico, además del de mejoramiento de la vivienda desarrollado por el Primed (Programa de Mejoramiento de Vivienda para Medellín).

La comuna 13, sector de las Independencias, El Salado y Nuevos Conquistadores fue beneficiada con la construcción de la biblioteca y el colegio, a la par que el Primed destinó los recursos para el mejoramiento de viviendas por auto construcción, las que eran en su mayoría de cartones y tablas. Cuando la biblioteca inició, aún se tenían casos de pérdida de vivienda en los tiempos de lluvias por deslizamientos y caídas de los ranchos. Ahora la mayoría de las viviendas son de ladrillos y algunas con terraza. Dicho proceso de auto construcción fue liderado por las mujeres, un buen número de ellas madres cabeza de familia que aprendieron a preparar mezcla de cemento, pegar adobes, nivelar pisos, etc.

Estos planes de intervención fueron apoyados y concertados con las organizaciones comunitarias, las cuales trabajaron e incidieron en la toma de decisiones y en la destinación de recursos. Así, se concertó que por lo menos la mitad del personal de la biblioteca debía habitar en el barrio. Aunque el barrio tenía pocos estudiantes universitarios, y no conocían el trabajo bibliotecario, se vincularon un auxiliar de biblioteca y dos personas como vigilantes, con quienes se inició un proceso de capacitación para que se desempeñaran luego como auxiliares. Uno de ellos, que aún continúa en la biblioteca y se ha especializado en el trabajo comunitario, es actualmente el encargado del Servicio de Información Local. La vinculación de estas personas ha sido un acierto en cuanto al sentido de pertenencia con que desarrollan su trabajo.

La comunidad reconoce que la Caja haya respetado el compromiso inicial y ve en la biblioteca una posibilidad laboral para el futuro. La bibliotecología como estudio profesional está hoy en el imaginario de los niños y jóvenes que en otros tiempos carecían de expectativas de ingreso a la universidad.

El edificio de la biblioteca se terminó antes que las instalaciones para el colegio. Comfenalco lo recibió en comodato por el municipio de Medellín, completó la dotación de muebles, equipos y libros, y contrató al personal. Se empezó el servicio con cinco funcionarios: tres auxiliares pertenecientes a la comunidad, una promotora de lectura y un coordinador.

La biblioteca funciona en un edificio de dos plantas, con ventanales que dan a la calle, la cancha y el liceo, y un gran tragaluz central, que ha estado decorado con cometas y un inmenso dra

gón de espuma, diseñado por un vecino, que fue la atracción sobre todo de los más pequeños.

La decoración y el amoblamiento hacen de la biblioteca un espacio atractivo, que en los primeros días intimidaba a la comunidad para ingresar a ella. Se tuvo que empezar por explicar a los usuarios lo que significaba un espacio público y sus derechos en él. De aquel tiempo se tiene la anécdota de una señora que se empeñaba en matricular a su hija en la biblioteca porque ella quería estudiar en ese sitio tan bonito; al explicarle en qué consistían los servicios que prestaba la biblioteca y ofrecerle que se inscribiera como usuaria, la señora insistió en que lo que quería era que se le matriculara a la niña; entendimos entonces, que para ella el proceso de matrícula que se hacía en las escuelas era lo más significativo en cuanto a hacer parte de una institución.

En el primer semestre de 1996 se hizo el diagnóstico de los espacios físicos y humanos de la comunidad en los que la biblioteca podía promover la lectura, inscribir usuarios, dar a conocer programas y servicios bibliotecarios, y donde se podía intervenir para la construcción del sentido de pertenencia, que fue significativo al afrontar las vicisitudes del conflicto social, que ya se sentía. Buena parte de la confianza para intervenir en la zona provenía del apoyo de los líderes comunitarios, que habían gestionado la creación de la biblioteca y que en principio serían los que podrían mediar ante los grupos armados para que respetaran el trabajo bibliotecario y la autonomía del equipo para desarrollarlo. Otro garante de respeto ante los grupos armados ilegales, era la prestación de

Volver contenido

servicios con calidad humana y profesional, donde se atendía a los usuarios reconociéndolos como ciudadanos con derechos y deberes, comprometidos con la práctica del Manifiesto de la Unesco para bibliotecas públicas y la Declaración de Caracas.

A partir del año 1997 se empezaron a poner en marcha los programas propuestos para atraer lectores, formar usuarios, informar a la comunidad: al calor de la palabra, el refugio de los cuentos, lecturas en la cárcel, poemas para leer y oír, lecturas de barrio, entre otros.

Algunos de ellos, en el año 2003 ya no se realizan, otros fueron refugios en tiempos de guerra, en todo caso han sido programas bibliotecarios pensados y desarrollados para favorecer a los usuarios, lo que se evidencia en la acogida que han tenido por parte de la comunidad.

Como la naturaleza ante la tormenta: recogerse y esperar

El recrudecimiento del conflicto armado en la comuna 13 de Medellín se sintió con mayor fuerza desde finales del año 2000 hasta finales del 2002. Expresarlo en pasado no quiere decir que ya no se vivan situaciones conflictivas, y menos de conflicto armado; ahora la guerra urbana en la comuna 13 tiene otras condiciones, desarrolla otra etapa sin ruido de balas... Nadie puede afirmar que un largo combate, como fue la operación Orión, garantizaría la recuperación de la paz para una comunidad que sigue sin empleo, sin acceso a la salud,

con índices notables de desnutrición infantil, violencia intrafamiliar y altos costos de servicios públicos, entre otros.

En ese periodo de constantes combates, tanto de día como de noche, la biblioteca tuvo que replantear la realización de varios de sus programas, sobre todo aquellos que se desarrollaban en espacios abiertos y en horarios nocturnos, por el peligro que representaba para usuarios y empleados.

En los grupos de trabajo se analizaba la evolución de los acontecimientos y se tomaban decisiones, y a partir de la intuición y del sentido de conservación se determinaban las normas de seguridad personal, para los empleados y para los usuarios. De este modo se identificaron los sitios con mayor protección en el edificio, como el primer piso debajo de las escalas para cuando se oyeran explosiones o los enfrentamientos se sucedieran muy cerca. También se debía atender que los usuarios estuvieran alejados de las ventanas, preferiblemente a cubierto junto a alguna de las columnas. Si el enfrentamiento era lejano, la biblioteca permanecía abierta y había flujo regular de usuarios; pero cuando se desataba cerca, mientras el auxiliar del segundo piso controlaba que los usuarios no corrieran hacia las ventanas, otro de los empleados debía cerrar la puerta, dando tiempo a que las personas que jugaban en la cancha llegaran a refugiarse, entonces se cerraba la puerta, para prevenir que alguno de los combatientes buscara refugio y pusiera en riesgo a las personas que permanecían en la biblioteca.

Siempre se disponía el teléfono para que los usuarios pudieran llamar a sus casas mientras los empleados se esforzaban por

atender sobre todo a los niños y a las personas con mayor nerviosismo. Las conversaciones y las bromas ayudaron a exorcizar el miedo.

Algunos usuarios empezaban a abandonar la biblioteca cuando los disparos se hacían más espaciados o más lejanos, pero a los menores de edad sólo se les dejaba ir cuando alguien de la familia lo autorizaba por teléfono. Si los enfrentamientos se sucedían en la tarde y eran muy fuertes, la biblioteca se cerraba definitivamente hasta el día siguiente.

Desde que las directivas de la Caja conocieron el recrudecimiento del conflicto armado en la zona, dieron al equipo de trabajo la autonomía para decidir los horarios de atención al público de acuerdo con el ritmo de los acontecimientos, incluso sugirieron la posibilidad de suspender temporalmente el servicio de biblioteca. Esto último se discutió con mayor énfasis luego de la operación Mariscal, en mayo 21 de 2002, en la que murieron nueve personas de la población civil, entre ellos dos menores de edad usuarios de la biblioteca. Y aunque el equipo de trabajo entendía la preocupación de las directivas, se decidió a continuar prestando el servicio, sobre todo porque, tras cinco años de trabajo con la comunidad para atraerlos como lectores y como apoyo humano de acción y presencia, había un compromiso que nunca se pensó en eludir, para esos difíciles momentos en los que, además, sentían la ausencia de otras instituciones que habían sido significativas para ellos. Bien por amenazas de los grupos armados, o por proteger a sus funcionarios, las instituciones que apoyaban el trabajo comunitario en la zona, la dejaron; en el año 2002, sólo los establecimientos educativos

y la biblioteca de Comfenalco seguían teniendo sus servicios y su lugar de trabajo en la comuna 13.

Después de la crudeza de la operación Mariscal, la Caja implementó actividades de acompañamiento a los empleados: capacitación en Derecho Internacional Humanitario (DIH), asesoría psicológica individual y grupal, tanto para el equipo de trabajo de la biblioteca como para otros empleados y pro-veedores de la empresa que tenían familia o habitaban en la zona. Al personal de la biblioteca se le dotó además de chalecos de identificación, que inicialmente fueron de color azul oscuro y se cambiaron luego por otros de colores claros cuando los usuarios dijeron que se parecían a los del CTI, uno de los organismos de seguridad del Estado que estaba vinculado a los operativos constantes de arrestos en la zona.

En estas difíciles condiciones la biblioteca estuvo aislada para los usuarios de otros barrios y para los servicios internos de la empresa; por ejemplo el servicio de seguridad interna se recibía por teléfono, el soporte técnico para los equipos de computadores no volvió, los proveedores de correo interno hacían cuanto podían para evitar ir al barrio y cuando tenían que ir llamaban unos minutos antes de salir para asegurarse de que todo estaba bien. Los periódicos dejaron de enviar a los repartidores, por lo que hubo que buscar un lugar más central en donde los pudieran dejar, y allí se recogen aún.

En el grupo de empleados aumentó el consumo de medicinas para el dolor de cabeza, y de bebidas aromáticas para los nervios, las que también se ofrecían a los usuarios.

Volver contenido

En este panorama de guerra hubo que recogerse y esperar a que la tormenta pasara o menguara, esperar haciendo lo posible para permanecer y no dejar sola a una comunidad que había recibido y acogido a la biblioteca con la mejor disposición.

Los programas que se suspendieron

El primer programa que se cerró, aunque ya venía teniendo dificultades presupuestales para su realización, fue *Al calor de la palabra*, una actividad cultural que se inició en el año 1997, como un espacio de conocimiento de muestras culturales de la ciudad, que pretendió, además, vincular las manifestaciones artísticas propias de la comunidad. Se llevaban grupos culturales, música, danza, teatro, poesía, mimos, cuenteros; y se ofrecía el tradicional canelazo, bebida caliente que se preparaba en la fogata, símbolo del encuentro.

La cita era en la parte externa de la biblioteca, el último sábado de cada mes a las siete de la noche para poder convocar a los adultos trabajadores y se extendía hasta las ocho y treinta aproximadamente. La fogata, el canelazo y el encuentro con los vecinos, amigos, novios, y el disfrute de una actividad cultural gratuita, organizada y constante, hizo que la comunidad la acogiera y se vinculara por medio de ella a la biblioteca.

El horario en que se realizaba y el número de personas que convocaba hizo que el equipo de trabajo considerase prudente suspenderla, por los riesgos que correrían todas las personas en caso de enfrentamientos.

Se pensó también en continuar la actividad dentro de la biblioteca, pero ello no menguaba la constante zozobra, sumándose la dificultad cada vez mayor de conseguir grupos que quisieran ir al barrio porque tenían miedo, con sobradas razones, ya que los grupos armados ejercían control permanente sobre las personas desconocidas que llegaban.

Se decidió, entonces, suspender este programa a partir del segundo semestre de 2001, y el reclamo de los usuarios no se hizo esperar. Nos tildaron de miedosos y aseguraron que no iba a pasar nada. Este reclamo se entendía como fruto de la apropiación del programa y del sentimiento de soledad que fue generando la retirada de las instituciones que trabajaban en la zona y que también desarrollaban actividades culturales.

La sensación de soledad que en algún momento prevaleció, hizo que las personas desarrollaran un falso sentido de invulnerabilidad frente a la guerra por no pertenecer a ninguno de los bandos, como si ello lo supieran de antemano los hombres armados o las balas perdidas, así como lo relata Vargas Llosa en *La guerra del fin del mundo*: "el tiroteo la aturdió pero no le daba miedo. Sentía que aquella guerra no la concernía y que, por eso, las balas la respetarían". Por esto murieron tantos civiles en otros espacios del barrio y en otros momentos del conflicto, pues a pesar de los fuertes enfrentamientos las personas se empeñaban en continuar su vida como si allí no pasara nada.

La realización de *Al calor de la palabra* deja la certeza de haber hecho un aporte a la formación de nuestros usuarios

como espectadores, pues cuando la iniciamos se mofaban de los artistas invitados, de nuestro esfuerzo por decorar los espacios, de la fogata y del canelazo; eran actos novedosos y raros. Al finalizarla en el año 2002 ya comprendían la ritualidad de los eventos artísticos, los respetaban y disfrutaban.

Otro programa que se suspendió en el año 2002 fue Lecturas de barrio, iniciado en el año de 1997. En este programa se ofrecían libros y se realizaban horas del cuento con personas de sectores del barrio más alejados de la biblioteca. Una lona con 50 libros se transportaba a un parque infantil de Las Independencias, allí se exhibían los libros, se hacía una o dos lecturas en voz alta con los asistentes y se hacía el préstamo para la casa; este material se cambiaba cada dos semanas, cuando se realizaba la actividad. Allí asistían niños, jóvenes, amas de casa, señores. La mayoría de las veces los adultos sólo iban a prestar sus libros pero se preocupaban por que nos instaláramos bien, limpiaban el parque antes de nuestra llegada y, cuando no lo hacían ellos, dotaban a los niños de elementos para que nos ayudaran. Dos veces por semestre se proyectaban películas en una de las casas o se llevaban juegos de salón como loterías y escaleras. El encuentro era los sábados desde las 10 de la mañana hasta las 12 del mediodía.

Como este sector queda en una zona estratégica para vigilar la entrada al barrio siempre tenía mayor presencia de los grupos armados y esto, durante el recrudecimiento del conflicto, nos ponía en bastante riesgo de quedar en medio de las balas. Sumado a ello, las casas en donde nos podríamos resguardar tenían paredes delgadas, techos de zinc, poco espacio

interior, y estaban ubicadas en ladera, lo cual posibilitaba que las balas entraran por las paredes y el techo, como sucedió en mayo de 2002 durante la operación Mariscal.

A pesar del reclamo de los usuarios se optó por suspender esta actividad, de manera preventiva. Se trasladó a otro sector de la misma comuna pero se supo que éste era dominado por el grupo armado opuesto al del barrio donde funciona la biblioteca y eso podía estimular susceptibilidades. Como el anterior, este programa tampoco se ha retomado, pues el fluir de los acontecimientos llama a la prudencia para realizar actividades en espacios abiertos y sobre todo alejados de la biblioteca.

Otro programa que se suspendió fue Encuentro de Rock. Éste se había iniciado a finales del 2000, para responder a las sugerencias de un grupo de jóvenes usuarios seguidores de este género musical, interesados en tener un espacio para compartir, discutir y conocer más sobre la música. Ellos mismos propusieron, como facilitadores del programa, a dos jóvenes del barrio conocedores del tema. El taller se realizaba cada quince días con la metodología de video foro y abordaba los temas acordados con los participantes.

Durante el primer año asistieron entre 30 y 40 jóvenes a cada sesión. A mediados del año siguiente uno de los talleristas tuvo que irse del barrio, y la asistencia decayó porque no dejaban pasar a los jóvenes que venían de otros barrios. Los grupos subversivos advirtieron a los que venían de barrios vecinos, que no querían rockeros en la zona. Esto intimidó también a los jóvenes del barrio, y se agravó cuando el tallerista que quedaba decidió irse también. Se consiguió un nuevo tallerista

Volver contenido

y la asistencia se mantuvo unos meses, con alrededor de 15 jóvenes, pero en el año 2001, cuando se reinició el programa, la asistencia se redujo aún más. La biblioteca decidió contactar a un grupo de jóvenes que tenía sede en las afueras del barrio para realizarlo allí, de modo que los jóvenes de los barrios vecinos pudieran asistir. A pesar de los esfuerzos no se logró tener la misma participación que en el comienzo, por la dificultad para la movilización de los jóvenes (algunos de ellos estuvieron encerrados en sus casas por varios meses para no llamar la atención de los grupos armados). El programa se suspendió a finales del año 2002.

Los programas que continuaron, con cambios de horario o de lugar

- Animación a la lectura con grupos de escolares. A mediados del año 2001 las escuelas dejaron de ir a la biblioteca por decisión de las directivas, de los docentes y de los padres de familia. No acogieron la oferta de la biblioteca de recibir paquetes de libros para llevar a la clase, ya que ello implicaba que los docentes debían detenerse en la biblioteca, en su trayecto de ingreso o salida del barrio. Por obvias razones, preferían llegar de una vez a su sitio de trabajo o salir de él inmediatamente después de terminar la jornada, ya que en cualquier momento podían quedar acorralados por los enfrentamientos.

Durante el año 2002 tuvimos dificultades para convocar a los estudiantes del Servicio Social del Estudiantado, quienes colaboran en distintas labores de la biblioteca, pues aunque

algunos de ellos vivían en el barrio, los padres sentían que era más conveniente para su seguridad que desarrollaran esta actividad en otros sitios. Por ello sólo se pudo tener la ayuda de los estudiantes de la nocturna (quienes también tuvieron que buscar un lugar fuera del barrio para recibir sus clases) y de los adultos en cursos de validación. Esta situación se sintió más durante el segundo semestre del año 2002, cuando sólo se tuvieron 10 alfabetizadores de los 31 con que regularmente se contaba. Las instituciones educativas llegaron a considerar una osadía que solicitáramos el servicio, pues los padres de familia y los directivos sólo veían tolerable que los jóvenes transitaran por las calles del barrio para ir a las clases.

Como las demás actividades con grupos escolares, los cursos de inducción empezaron a decaer en el segundo semestre del año 2001, y en el 2002 apenas participaban los establecimientos más cercanos, como el liceo, que está casi puerta con puerta de la biblioteca. Las demás instituciones, como ya se ha dicho, decidieron no salir con sus estudiantes. En mayo del mismo año, durante la operación Mariscal, un niño de la escuela El Refugio resultó herido dentro de la misma institución, por tanto las normas preventivas se hicieron más estrictas.

- Poemas para leer y oír. Actividades de lectura o audiciones de poemas de diferentes poetas y del público participante, se realizaban cada tres meses, los viernes a las 6 de la tarde, para que pudieran asistir las personas que trabajaban. Los participantes empezaron a ausentarse y esto llevó a la biblioteca a replantear los horarios. Como no se cuenta con un auditorio propio, todas las actividades culturales se hacían en horarios

extras a la atención al público, por lo que fue necesario variar el día de realización y se empezó a programar el tercer sábado a las 4 de la tarde. Lamentablemente, aún así la asistencia siguió siendo poca.

- Taller de literatura y escritura cantera. Fue uno de los más difíciles de modificar, ya que fue necesario tomar la decisión conjuntamente con los jóvenes que participan en él de forma constante. Este programa se inició en marzo de 1998, con la coordinación de un reconocido poeta de la ciudad. Buscaba ofrecer un espacio de conocimiento de autores y obras para los jóvenes con inquietudes literarias, a la vez que orientar y estimular a los participantes hacia la creación propia. Como resultado de este programa se han hecho ya dos publicaciones del libro *Raíz de cinco*, conjuntamente con los demás talleres literarios de las bibliotecas de la Caja. El día y horario de realización (7 a 9 p.m.) se acordó con los participantes, de modo que pudieran cumplir con sus compromisos de estudio y trabajo, así que desde su inicio los integrantes del grupo siempre trataron de mantenerse libres de otros compromisos para asistir al taller, de ahí que la proposición de cambiar el día y la hora causara problemas. A diferencia de otras actividades en las que la biblioteca tenía toda la autonomía para programar o suspender, en el taller literario los participantes tenían incidencia directa en su realización y en el cambio de horarios o suspensión. Los jóvenes del taller también vivieron ese sentimiento inconsciente de negar la difícil realidad, de querer seguir sus vidas como si nada pasara, y por ello, junto a las dificultades para reacomodar horarios, nos acusaron nue

vamente de miedos y exagerados con nuestras acciones de prevención; a pesar de que varios de los integrantes se habían ido del barrio, solos o con sus familias, bien porque habían recibido amenazas o por temor a ser presionados a vincularse a alguno de los grupos armados. La propuesta que se les hizo fue que reacomodaran el encuentro dentro del horario habitual de la biblioteca, esto es, hasta las 6 de la tarde. Acordaron entonces realizar el taller los sábados a partir de las 3 de la tarde, y esto implicó que por lo menos dos personas no pudieran seguir asistiendo regularmente. Así ha continuado desde octubre de 2001. Todavía el grupo no ha logrado fortalecerse, pero se sigue convocando para atraer nuevos jóvenes, porque estamos convencidos de la importancia de este taller. A pesar de todo, somos conscientes de que las prioridades de supervivencia de nuestros jóvenes, que tienen pocas o ninguna oportunidad de realización personal, dejan a la escritura y a la poesía lejos de sus urgencias inmediatas.

- En Noches de cine se proyectaba mensualmente una película de buena calidad cinematográfica el primer sábado de cada mes, a partir de las 6 de la tarde, para facilitar la asistencia de jóvenes y adultos. Durante la intensificación del conflicto armado la asistencia bajó notoriamente, se decidió cambiar el horario para los sábados a las 4 de la tarde. Ahora se habla de Tardes de cine.

- El Trueque comunitario se hizo por primera vez en diciembre de 2001 con el objetivo de relacionar a la comunidad con esta forma de comercio, que podía ser de alguna manera un recurso solidario a sus problemas económicos. El trueque tuvo

Volver contenido

su origen en los bazares que se hicieron con el fin de recoger dinero para el club de amigos de la biblioteca. Se ofrecía ropa y otros objetos a precios muy bajos (se recogían donaciones con los empleados de la Caja), razón por la cual tuvo gran acogida entre la comunidad. Se había planeado realizar este evento cada semestre, pero la situación de extrema tensión que se vivió durante estos años desanimó al grupo de trabajo de la biblioteca, y por ello hoy se realiza anualmente.

En algunas ocasiones también se vieron afectados programas que se realizan en otras instituciones, como Lecturas en la cárcel y Leyendo con los abuelos, porque no fue posible salir del barrio por los enfrentamientos.

Albergue de miedos y soledades

Para satisfacción de la biblioteca y la comunidad no todo fue abandono, huida y transformación forzosa; también hubo actividades que se fortalecieron porque se constituyeron en la única alternativa de entretenimiento en medio de las dificultades, y la única opción de compañía en la soledad.

Uno de estos programas fue El refugio de los cuentos, la hora del cuento que tuvo mayor asistencia durante la estadía de los desplazados en el Liceo la Independencia, en el mes de julio de 2002. En este tiempo se programaba dos veces al día, debido a que las personas albergadas en el liceo iban y venían de la biblioteca al lugar de alojamiento buscando en qué entretenerse.

Como una manera de tomarle distancia al dolor que estos niños vivieron durante la huida de sus hogares en llamas y en

medio de las balas, se trató de seleccionar cuentos que estimularan la imaginación o que ayudaran a nombrar los miedos para exorcizarlos por medio de las palabras. Fue así como durante la lectura de *Sapo tiene miedo*,⁵ uno de estos niños describió el miedo como una caída libre interrumpida por algo, decía "el miedo es como si a uno lo tiran de muy alto y no lo dejan caer seguido, es así", decía y mostraba con su mano un movimiento descendiente interrumpido a tramos. Una mañana con estos mismos niños, durante la lectura del cuento *El unicornio y el mar*,⁶ se oyeron disparos en la distancia y muy pronto se fueron acercando, tanto que la promotora intentó suspender la lectura pero el grupo no lo permitió, alegando que ya casi se terminaba el cuento. Estos niños que se pasaban las noches llorando por los corredores del liceo con el miedo a la oscuridad y a la noche como una piel del alma que no se podían quitar, no querían perderse el final de un cuento. Otras veces se alternaba la lectura de cuentos con La proyección de videos documentales.

Los abuelos también incrementaron su asistencia a la actividad *Hablando con los abuelos*, que se celebra anualmente en A día del adulto mayor. Ellos han agradecido y felicitado a la biblioteca por celebrar su día y sobre todo por ofrecerles un encuentro en el mismo barrio; otras instituciones los invitaron a actividades por fuera del barrio pero, a diferencia de los jóvenes, los mayores prefieren las actividades que les permitan estar cerca de sus casas y sus familias.

⁵ Max Velthuijs, *Sapo tiene miedo*, Caracas, Ekaré, 1994

⁶ Fiona Moodie, *El unicornio y el mar*, España, Ediciones SM. 1987.

Uno de los servicios que marcó la diferencia durante el conflicto armado fue el Servicio de Información Local (SIL). Este se inició en 1997, al año siguiente, a partir de un convenio con Fundación Social, se impulsó para que manejara buena parte de la información del Plan de Desarrollo de la zona "Realizadores de Sueños", con el que también la biblioteca estaba comprometida. El SIL participó en las asambleas barriales para formular el diagnóstico del plan de 5 barrios de la comuna 13, del que se hizo su lanzamiento dos años después.

Para la proyección del SIL en la biblioteca fue muy significativo el trabajo con el Plan de Desarrollo porque permitió conocer las organizaciones comunitarias y acompañar de manera más directa a la mesa de información y comunicaciones, la que correspondía directamente con el eje estratégico del servicio. Desde el trabajo en la mesa de comunicaciones el SIL ayudó en la gestión de recursos con la administración municipal y Fundación Social para capacitar a líderes barriales en fotografía, video, elaboración de pasacalles y carteleras.

Muchos de los líderes de la zona no podían pasar de un barrio a otro durante el recrudecimiento del conflicto armado. Esto influyó en la división de los grupos aunque así se siguió trabajando, con bastantes limitaciones. Los integrantes de la mesa de comunicaciones tenían que pedir permiso a los grupos armados para poner información en algunos sectores del barrio y para hacer cualquier registro fotográfico o fílmico.

Algunos grupos subversivos solicitaron las bases de datos de los líderes comunitarios que colaboraban con el Servicio

de Información Local. Por lo tanto, la biblioteca decidió no seguir las actualizando y guardar los registros existentes.

Por sugerencia de los líderes comunitarios y de algunos usuarios, se hizo un directorio de emergencia con teléfonos y direcciones de la Defensa Civil, la Fiscalía, la Personería, los Bomberos, el Das, los hospitales, los centros de salud, la Defensoría del Pueblo, entre otras. De esta base de datos la comunidad utilizó sobre todo los números de la Defensoría del Pueblo, esta información se daba por teléfono o personalmente y quienes más la utilizaron fueron el Comité de Emergencia y los desplazados. Para estos últimos se organizó una carpeta con todo lo que se publicaba sobre la ley 387 del 97 y la situación de otras familias desplazadas en el país. Otra de las carpetas más consultadas por la comunidad fue la que recogía las publicaciones de la prensa y los artículos de revista sobre la zona y el conflicto armado; ésta ha sido muy utilizada también por estudiantes universitarios.

Después de todo, la Biblioteca Comfenalco Centro Occidental, ha sorteado con buena estrella las circunstancias del conflicto armado. En la parte física, dos impactos de bala en ausencia de usuarios y empleados; en la parte operativa, adaptaciones de programas, unos fortalecidos, otros terminados; y en el aspecto afectivo, sensaciones ambivalentes: de tristeza por los usuarios desplazados, muertos o desaparecidos y de alegría porque la biblioteca ha sido respetada por los grupos armados y es valorada como un espacio cultural por la comunidad.

Mientras esperamos que las situaciones difíciles cambien, que podamos volver a extendernos con confianza, nos deleitamos con los saludos calurosos de aquellos usuarios que re

gresaron al barrio y pasan por la biblioteca a anunciarse y a identificar cambios, libros nuevos, personal nuevo. Seguiremos haciendo lo mejor que podamos, como consejeros espirituales a los que se les consulta información relacionada con los casos más tiernos de amores difíciles o con las agobiantes rutinas de búsqueda de familiares desaparecidos.

Crónica de octubre

Medellín, Octubre 24 de 2002. 11.30 p.m.

El miércoles regresamos a la biblioteca, después de ocho días de tenerla cerrada por la operación Orión. Pedro y yo acordamos que nos veríamos en la estación del metro para continuar juntos el trayecto. Otras veces nos bastaba con llamar antes de salir de casa, pero este nuevo miércoles de trabajo llevábamos el miedo de tantos meses envuelto en una punzante incertidumbre por lo que nos esperaba en el camino. Se especulaba en todas partes sobre lo sucedido, se decían tantas cosas, que teníamos la certeza de que lo que anunciaban los noticieros era muy diferente a lo que íbamos a encontrar; que por fin, y tristemente, los periodistas volvieron la vista sobre el barrio, ahora que una buena cuota de muertos los atraía.

Nuestra conversación en el colectivo fue lo más trivial de lo que pudimos aferrarnos para distraer la tensión. El centro de salud tenía un denso velo de normalidad, no se veía agitación, ni rostros llorosos, por supuesto los dolientes hacía días habían regresado a sus hogares.

Desde la entrada a San Michel se veían las Independencias, su brillo de ladrillos en un día soleado y al fondo los ranchos

de los desplazados del mes de julio, la montaña y los árboles donde jugaron los niños que me acompañaron en la Hora del cuento, mientras esperaban que a sus padres se les diera una alternativa de vivienda, mientras exorcizaban pesadillas de gritos, llantos y orinadas en la cama. Niños y niñas que se aferraban a las irónicas ventajas de su nueva situación: comida diaria, el patio del colegio y la cancha para jugar, la biblioteca, atención médica, algunas veces brigadas de recreacionistas cargados de dulces que acudieron a ayudarles a entretener sus dueños, para que pudieran seguir riendo en el día. A estos niños las noches les revivían desde los sueños el terror que los obligó a huir. Allí estaba aún su montaña, refugio para otros desplazamientos, allí estará muchos años más sin ellos.

Desde la distancia el barrio se veía tranquilo, los ladrillos no gritan, no sollozan; aunque testigos ellos, las casas, los techos, los caminos, tienen que callar, mas... si hablaran ¿quién podría soportar sus quejas?

En el paradero de buses nos esperaba la fuerza pública del Estado colombiano, que hizo demostración del más absurdo de los recursos para proporcionar a los ciudadanos su llamada paz: la guerra. Y comprendimos la canción de Silvio Rodríguez, "la guerra era la paz del futuro". El conductor redujo la velocidad y los soldados de turno nos miraron por las ventanillas. Pasamos sin requisa.

Al bajarnos saludamos a Leobardo y a su hermana, en su corredor de espectadores de todos los días y de casi todas las horas en los siete años que llevamos trabajando en el barrio. Un buen llamado a la tranquilidad, ellos, como personajes de Rulfo sin paisajes desérticos.

El tendero del colegio salía a hacer sus compras, nos saludó con buen ánimo por nuestra llegada, y con mejor ánimo aún porque, según él y muchos otros de los habitantes, como pudimos escucharlo mas tarde, "ahora sí vamos a poder vivir en paz".

Miramos hasta donde alcanzaban los ojos. En la tienda El Descanso, cerrada, había dos soldados sentados recostados en la pared, en el mismo lugar y en la misma posición que el martes de la semana pasada se veía a los soldados del bando saliente; esta imagen me produjo la sensación de haber cruzado el umbral que describen los libros para llegar a los mundos paralelos. Los sitios estratégicos son los mismos para los distintos dueños de los territorios, el reposo se ejerce de la misma manera aunque con diferentes expectativas de vida para los seres individuales.

Los demás compañeros de trabajo ya estaban en la biblioteca; como se había acordado la noche anterior, llegaron juntos, por lo que pudieran encontrar o para responder a los soldados si iban a hacer sus requisas. Todo estuvo bien en su llegada y hasta esa hora de la mañana. El edificio estaba sin agujeros ni otras destrucciones de guerra. Pero el aire era pesado, mis fosas nasales parecían estar en operación tortuga, la zozobra apretaba mis pulmones, estaba alerta esperando las verdaderas noticias que llegaran con nuestros usuarios.

En el colegio hubo clases, se veía a los profesores y algunos alumnos en los corredores, en la cancha también había ya chicos jugando. Verlos a todos me dio un poco de calma, si ellos se veían bien yo también podía estarlo, si ellos se acoplaban yo también podía hacerlo, como lo hemos podido hacer

durante varios años. Sin embargo, algo seguía alarmado en mi interior; cuando me he sentido así, recuerdo esa imagen de la Dolorosa de la que creo que llora cuando la miran, si no la mirasen perdería su reconocimiento y sus milagros. Así mis sentimientos en vilo, encadenados a la más leve expresión de afecto o miedo. Mi madre me llamaba en mi niñez lágrima pronta, pues cuando tengo opresión en mi interior lloro por cualquier cosa; aunque aquí la situación, lo que habíamos sabido, lo que los noticieros divulgaron por el mundo, no daba para menos en mi ser.

Había que poner orden en los sentimientos y se me soltó la loca de la casa, como me dice mi amigo Fernando cuando me arrastra la urgencia de asear y organizar mi casa. Al poco rato estaba arreglando la papelería de mi escritorio y de los cajones, arreglándolos y viendo llegar a los usuarios y certificando, como si corriera lista en una escuela, que los que llegaban estaban bien, bueno, por lo menos con vida y sin heridas físicas, otras cosas vería cuando hablara con algunos de ellos.

Aún no termino de correr esa lista, hemos conocido sobre todo rostros, comportamientos, gustos lectores, en algunos casos unos y otros; pero son tantos los que se han servido de la biblioteca, que estoy segura de que me seguirán apareciendo ausentes de guerra en la lista, por mucho tiempo...

Medellín, septiembre de 2003

Consuelo Marín Pérez

Colombiana, Licenciada en educación preescolar de la Universidad de Antioquia. En la actualidad se desempeña como promotora de lectura en la Biblioteca Centro Occidental de Comfenalco Antioquia. Ha sido ponente en eventos nacionales e internacionales y organizadora de gran diversidad de acciones de promoción de lectura en la región.

Su reflexión y trabajo lo ha centrado a favor de las comunidades marginadas, tal como lo manifiesta en sus diversos ensayos.

Colaboraciones tuyas aparecen en el libro *Animación y promoción de la lectura: consideraciones y propuestas*, en la revista electrónica *cuatro gatos*; en la revista *Cincuenta libros Sincuenta* de Fundalectura, y el suplemento El Colombiano del periódico *El Colombiano*, entre otras publicaciones.

Colección Biblioteca Pública Vital

1. Valor y función cultural de la información, **Gabriel Jaime Arango Velásquez**
2. Cara y cruz de las bibliotecas públicas y escolares otros textos, **Gloria María Rodríguez Santa María**
3. No soy un gángster, soy un promotor de lectura y otros textos, **Luis Bernardo Yepes Osorio**
4. Experiencias para llevar a la balanza: sistemas de gestión de la calidad y satisfacción de los rimeros del Departamento de Cultura y Bibliotecas de COMFENALCO Antioquia, **Claudia Giraldo Arredondo**
5. Biblioteca Pública: bitácora de vida, **Consuelo Marín Pérez**
6. La promoción de la lectura en Medellín y su Área. Metropolitana: algo en broma, muy en serio, **Adriana María Betancur Betancur, Didier Álvarez Zapata, Luis Bernardo Yepes Osorio**